

La quiebra del Estado en América



AUTOR Alexander Clarkson

PORTADA © Veronica Gabriela Cardenas/
SIPA

FECHA 28 de abril de 2025

Al desmantelar la administración, Donald Trump está destruyendo su país: minados desde dentro, Estados Unidos podría convertirse pronto en un Estado fallido.

Para Europa, esto tiene consecuencias muy concretas.

Destruir a tientas y luego romperlo todo: la desaparición del Estado en América

En enero de 1989, en su discurso de despedida a la nación, Ronald Reagan esbozó su visión de los Estados Unidos: una luz en la oscuridad, una «ciudad en la colina», según la imagen acuñada por el puritano John Winthrop en el siglo XVII.

Treinta y seis años después, esa visión se ha convertido en un lejano espejismo.

En 2025, mientras la administración Trump se empeña en dismantelar las instituciones estadounidenses con prisa y furia, la hegemonía estratégica que Washington adquirió en el periodo posterior a la caída de la URSS se desmorona peligrosamente. El ideal soñado por Reagan –una «ciudad orgullosa construida sobre rocas más sólidas que el océano, azotada por los vientos, bendecida por Dios y donde los pueblos viven en paz»– suena hoy como una reliquia polvorienta de una época pasada.

Desde Europa, este malestar estadounidense tal vez no sea más que el comienzo de un cataclismo estratégico de proporciones insospechadas, un colapso interno capaz de hacer implosionar a la propia Unión.

Para prepararse, los dirigentes europeos deberían conocer sus orígenes.

Porque si bien la mayoría de ellos, desde Copenhague hasta Bruselas, pasando por París y Berlín, se han visto sorprendidos por la brutalidad con la que Trump ha despedido a miles de funcionarios y cerrado sectores enteros de la administración, esta crisis del Estado en Estados Unidos no es nueva.

Se puso en marcha en la década de 1980, alimentada por una polarización política cada vez más feroz. Mientras los sucesores de Reagan reafirmaban el liderazgo estadounidense en Europa tras la caída del muro de Berlín, un malestar creciente se apoderaba de Estados Unidos: la globalización –percibida como una amenaza para los puestos de trabajo estadounidenses– se convertiría en la principal división en Washington.

La encarnizada batalla por disolver el Estado estadounidense está redefiniendo sus relaciones con el resto del mundo.

ALEXANDER CLARKSON

En este clima de ansiedad, la recesión de principios de la década de 1990 selló el destino de George H. W. Bush, derrotado en 1992 por Bill Clinton. En la primavera de ese mismo año, los disturbios de Los Ángeles, desencadenados por la violencia policial, hicieron estallar la ira afroamericana en Norteamérica. Al mismo tiempo, crecía el resentimiento hacia los trabajadores inmigrantes procedentes de América Latina. El discurso de Pat Buchanan sobre la «guerra cultural» en la convención republicana de 1992, aunque escandalizó a una parte de la opinión pública, reveló que se estaba produciendo una dinámica irreversible: la derecha estadounidense se estaba radicalizando.

Aunque Estados Unidos seguía dominando los mercados financieros y la revolución tecnológica, los atentados perpetrados por la extrema derecha – como el de Oklahoma City en 1995– anunciaban un cambio: el odio hacia las instituciones democráticas y el orden mundial liberal ganaba terreno incluso en las zonas rurales y periurbanas del país.

El 6 de enero de 2021, cuando los alborotadores de extrema derecha intentaron impedir el traspaso del poder a Joe Biden, toda la promesa de Reagan se esfumó.

El mal es profundo, está arraigado. Hoy se manifiesta en la tóxica interrelación entre una democracia interna disfuncional y los trastornos globales –comercio, seguridad, influencia– que carcomen a Estados Unidos desde dentro.

Es imposible comprender lo que está en juego para el orden mundial sin establecer un vínculo entre estos dos frentes.

Porque la encarnizada batalla por disolver el Estado estadounidense está redibujando sus relaciones con el resto del mundo.

Para Europa, esto supone una amenaza colosal.

Durante mucho tiempo columna vertebral del sistema de alianzas occidentales, Estados Unidos parece un país cada vez más frágil. Si bien algunos aún esperan que los años de Trump sean sólo un tropiezo, las señales se acumulan: lo que vive Estados Unidos hoy es quizás una descomposición estructural de su orden constitucional.

Y a medida que la situación empeora en Washington, Europa se enfrenta a cuestiones urgentes, potencialmente existenciales: ¿y si Estados Unidos dejara de ser un socio fiable, no sólo durante unos años, sino para siempre? ¿Cuáles serían las consecuencias de un colapso del Estado en Estados Unidos para la seguridad y la economía europeas? ¿Cómo prepararse para tal escenario?

Lo que está viviendo Estados Unidos hoy es quizás una descomposición estructural de su orden constitucional.

ALEXANDER CLARKSON

Un Estado fallido en la democracia más antigua del mundo

Tanto los aliados como los adversarios de Estados Unidos se han visto sorprendidos por la rapidez con la que el equipo de Trump ha desmantelado las estructuras del Estado federal.

Sin embargo, en Washington, esta aversión por los engranajes básicos del Gobierno no es algo nuevo del trumpismo. Durante más de medio siglo, el Partido Republicano ha sembrado pacientemente una hostilidad difusa hacia el propio Estado, sus agentes, sus leyes y su propia existencia.

Mientras tanto, en Europa y Asia, los líderes políticos han seguido, con la cabeza gacha –y a menudo fingiendo no ver nada–, una colaboración cada vez más estrecha con la nueva puerta de entrada económica de Estados Unidos: Silicon Valley.

Cegados por las promesas de modernización, prefirieron ignorar que algunos tecnocesaristas con los que firmaban contratos colosales, como Peter Thiel o Elon Musk, se estaban volviendo poco a poco hacia un autoritarismo declarado y asumido.

Porque incluso antes de que Trump llegara al poder en 2016, la inquietud ya iba en aumento. Las guerras de George W. Bush en Afganistán e Irak habían desviado la atención de las fracturas internas: mientras se hablaba de terrorismo, petróleo y el eje del mal, los cimientos del Estado estadounidense comenzaban a resquebrajarse.

Durante su primer mandato, la espectacular arrogancia de Trump acaparó toda la atención.

En la sombra, figuras más experimentadas como James Mattis en Defensa o Steve Mnuchin en Hacienda mantenían la estructura como podían. Antes de la pandemia de Covid-19, esta resistencia institucional había hecho creer que Estados Unidos se mantendría firme. Muchos europeos se aferraban entonces a la idea de que esta crisis de gobernanza, aunque muy visible, no era más que un bache pasajero.

Pero una vez elegido Biden en 2020, algunos observadores estadounidenses más lúcidos siguieron dando la voz de alarma.

Edward Knudsen, en particular, describía una espiral peligrosa: el deterioro de los indicadores sociales –como el aumento de las desigualdades– erosiona la confianza y la responsabilidad democrática, lo que debilita las instituciones de gobernanza... agravando a su vez la situación económica.

Recaudar impuestos, prestar servicios públicos, proteger el país: todo ello depende de la capacidad del Estado. Sin ingresos fiscales, sin personal competente, sin una administración eficaz, ningún gobierno, ya sea demócrata o republicano, puede aplicar su programa.

Esta capacidad del Estado es la base de todo: la credibilidad de los títulos financieros estadounidenses, el poderío militar, la eficacia de las instituciones internas. Hoy, con el aumento de la polarización política y el colapso de las estructuras, Estados Unidos corre el riesgo de ver cómo esta capacidad se derrumba por completo, con graves consecuencias para el orden mundial.

Mientras la Administración Trump se dedica a dismantelar las instituciones que considera hostiles a su programa, Estados Unidos parece atrapado en una dinámica que Carolyn Nordstrom ya describía en 2008: «... los sistemas financieros que se presentan como legales, pero que en realidad están configurados por acciones extralegales no reguladas, no pueden permanecer estables... cuando servicios esenciales como la alimentación, el agua potable, la vivienda segura, los medicamentos, el transporte crítico y la seguridad ya no pueden garantizarse, las instituciones pierden toda viabilidad».



«Porque incluso antes de que Trump llegara al poder en 2016, la inquietud ya iba en aumento.»



«Las guerras de George W. Bush en Afganistán e Irak habían desviado la atención de las fracturas internas: mientras se hablaba de terrorismo, petróleo y el eje del mal, los cimientos del Estado estadounidense comenzaban a resquebrajarse.»

Mucho antes de que Trump anunciara su primera candidatura a la presidencia en junio de 2015, una serie de tendencias políticas, jurídicas e

institucionales ya habían preparado el terreno para esta visión distópica de un Estado en quiebra.

Entre todos estos factores, probablemente sea la polarización extrema de la vida política desde la década de 1990 la que haya tenido el efecto más destructivo a largo plazo.

Desde la elección de Bill Clinton en 1992, una parte significativa de la derecha conservadora expresaba una profunda frustración, no sólo política, sino existencial. Rápidamente, incluso los republicanos moderados y los comentaristas influyentes comenzaron a cuestionar la legitimidad de cualquier gobierno que no compartiera su visión: un conservadurismo cultural firmemente arraigado en una ideología de rechazo al Estado.

Bajo el liderazgo de Newt Gingrich, que se convirtió en líder de la mayoría republicana en la Cámara de Representantes tras las elecciones de mitad de mandato de 1994, surgió un nuevo estilo para bloquear el funcionamiento del Estado: tomar como rehenes los órganos básicos del Gobierno, instaurar el bloqueo como método e imponer recortes presupuestarios radicales a pesar de la oposición del presidente Clinton.

Esta estrategia de chantaje parlamentario se institucionalizó rápidamente. De estilo marginal, se convirtió en un modelo que se industrializó en Washington. Bajo Clinton, luego bajo Obama y bajo Biden, los legisladores republicanos más alineados con la extrema derecha utilizaron las mismas palancas para paralizar el Estado: impedir la aprobación del presupuesto, bloquear los nombramientos, sabotear los tratados.

Sin ingresos fiscales, sin personal competente, sin una administración eficaz, ninguna administración, ya sea demócrata o republicana, puede aplicar su programa.

ALEXANDER CLARKSON

Con el tiempo, lo que antes se habría considerado un ataque grave, incluso impensable, contra la estabilidad democrática –amenazar al Gobierno con el cierre, es decir, paralizar su funcionamiento– se ha convertido en una práctica habitual. Una señal más de la descomposición institucional. Una costumbre que ha llevado la confianza de los ciudadanos en las autoridades públicas a niveles históricamente bajos, incluso antes de la reelección de Trump en 2024.

Esta parálisis crónica, alimentada por la retórica republicana que denuncia la corrupción y la decadencia de las instituciones federales, ha agravado los disfuncionamientos internos.

En Estados Unidos, cada presidente puede nombrar a más de 4.000 responsables políticos en las administraciones, mientras que en otras democracias estas funciones siguen confiadas a una alta función pública neutral.

Sin embargo, con la desaparición del consenso constitucional entre los partidos, cada cambio de gobierno conlleva cambios bruscos, tanto en la política interior como en la estrategia internacional. A esto se suma un cambio de discurso ideológico: la derecha radical ya no busca reformar el Estado, sino deslegitimarlo por completo, presentándolo como el origen de todos los males.

Este clima ha provocado una inversión insuficiente crónica: salarios estancados, presupuestos reducidos al mínimo y retrasos en la transición digital. La consecuencia es alarmante: una fuga de talentos. Una vez más, no hubo que esperar a la primera victoria de Donald Trump en 2016 para que los jóvenes titulados, los expertos y los altos funcionarios más cualificados abandonaran la administración para incorporarse a un sector privado mejor remunerado y menos divisivo.

Desde la reelección de Trump en 2024, esta fuga se ha acelerado.

Jóvenes líderes republicanos más radicales, respaldados por el apoyo tecnológico y de infraestructura de los mil millonarios de Silicon Valley, se han propuesto socavar metódicamente los cimientos más sólidos del Estado. Los mejores perfiles, cansados o preocupados, abandonan el barco.

Agencias cruciales como USAID o el Ministerio de Educación están siendo vaciadas de su sustancia, desangradas o incluso eliminadas. La competencia está marginada. Incluso las instituciones vitales para la seguridad nacional carecen ahora de la experiencia suficiente para responder a las amenazas cada vez más complejas que se ciernen sobre Estados Unidos.

Este deterioro generalizado también afecta a la justicia. Antaño considerada un pilar de la estabilidad en Estados Unidos, especialmente durante la Guerra Fría, también se ha visto contaminada por la lógica de la polarización partidista extrema. Desde finales de la década de 1980, la politización de los nombramientos judiciales ha alimentado la desconfianza, tanto entre los demócratas como entre los republicanos. Las disputas en torno a los jueces del Tribunal Supremo se han convertido en una cuestión existencial: interpretar la ley ha pasado a ser menos importante que imponer una línea política.

Sin embargo, como señalaron Miles Armaly y Elizabeth Lane en 2023, cuanto más percibe el público que la Corte está influenciada por criterios partidistas, ideológicos y extrajudiciales, más duda de la independencia real del poder judicial.

Incluso las instituciones vitales para la seguridad nacional carecen ahora de la experiencia suficiente para responder a las amenazas cada vez más complejas que se ciernen sobre Estados Unidos.

ALEXANDER CLARKSON

Esta erosión de la confianza debilita aún más la legitimidad del Estado, incluso a los ojos de los votantes más moderados, que antes eran los garantes políticos del modelo federal.

Si bien los ataques contra el Estado de derecho y las capacidades estatales de Estados Unidos reflejan las ambiciones autoritarias de una parte del entorno de Trump, sus consecuencias podrían ser contrarias a las que persiguen los defensores del Proyecto 2025 o del movimiento MAGA.

Esta es una de las paradojas más evidentes de la teoría del poder de la nueva élite contrarrevolucionaria en Washington: en teoría, politizar la administración fiscal, la policía federal o las agencias de seguridad les habría permitido asegurar un control duradero del poder; en la práctica, el caos provocado por este enfoque precipitado debilita el aparato estatal hasta el punto de hacerlo inoperante.

Mientras que la Rusia de Putin, la Turquía de Erdogan o la Hungría de Orban han consolidado su autoritarismo capturando progresivamente las instituciones, la administración Trump se empeña en una estrategia de destrucción masiva y sin método. El resultado es hoy evidente: un Gobierno central desbordado, dividido, con falta de personal y, sobre todo, incapaz de imponer su autoridad.

[La paradoja de la autoridad en el corazón del trumpismo: lea nuestra entrevista con Curtis Yarvin]

Si la represión visible –especialmente contra los migrantes– atrae la atención del mundo, oculta un hecho más grave: las infraestructuras fiscales se están deteriorando y los mercados financieros se están volviendo recelosos. Sin embargo, ningún proyecto autoritario puede mantenerse sin un mínimo de estabilidad presupuestaria.

Si esta tendencia continúa, estados poderosos como California, Illinois o Nueva York, todos ellos gobernados por demócratas, podrían verse tentados

a reforzar su control sobre las palancas esenciales de la gobernanza: la policía, la fiscalidad y los circuitos logísticos. Frente a ellos, un poder federal debilitado seguiría persiguiendo objetivos autoritarios sin tener los medios para las ambiciones imperialistas de Washington.

En el peor de los casos, este pulso entre el centro federal y los estados federados podría ir más allá de un simple bloqueo institucional. Podría degenerar y derivar en una fragmentación real de la autoridad, o incluso en una guerra civil.

La metamorfosis: el caos civil estadounidense y el riesgo de contagio mundial

La aceleración del proceso de destrucción del Estado estadounidense desde la reelección de Trump ya tiene profundas consecuencias para el lugar que ocupa Estados Unidos en el mundo.

Como todas las grandes potencias que se enfrentan a la erosión de su hegemonía, la supervivencia del dominio económico y militar de Estados Unidos depende en primer lugar de su estabilidad política interna. Sin embargo, para sus aliados europeos, en primer lugar, las implicaciones de un posible colapso de la Unión Americana son inmensas.

Desde 1945, la capacidad de la OTAN para disuadir a Rusia y a otros actores que amenazan a la Alianza se basa en un postulado básico: Estados Unidos es un actor estable, organizado, nuclear, dotado de un mando militar disciplinado y dispuesto a comprometerse a largo plazo.

Pero tras treinta años de polarización perjudicial para Washington y tres meses de desmantelamiento metódico del aparato estatal por parte de la Administración Trump, este supuesto se tambalea. Estados Unidos es ahora el órgano enfermo de la Alianza Atlántica. E incluso si un futuro gobierno estadounidense decidiera reconstruir su red de alianzas históricas, sus antiguos aliados tendrían motivos para dudar: ¿se puede firmar un acuerdo a largo plazo con un país cuyo sistema político es tan inestable y polarizado?

La cohesión interna de Estados Unidos es también lo que garantiza su peso en el comercio y los mercados financieros mundiales.

Desde la Segunda Guerra Mundial, el dólar y los bonos del Tesoro estadounidense se han convertido en los pilares del sistema financiero internacional, refugios estables para los inversores. Sin embargo, su solidez no sólo se basa en los fundamentos económicos, sino también en la estabilidad política e institucional del país. Si la crisis de la capacidad del

Estado, acelerada por la impaciencia autoritaria de Trump, erosiona esta confianza, las consecuencias podrían ser brutales.

Un colapso de la confianza en la capacidad del Gobierno estadounidense para gestionar su economía tendría repercusiones considerables a nivel mundial – que la Unión tendría dificultades para contener–.

ALEXANDER CLARKSON

Según el analista George Saravelos, del Deutsche Bank, esto podría desencadenar una dinámica de «desdolarización» rápida: una fuga masiva del dólar, provocando un choque global incluso antes de que se encuentre una alternativa creíble, sabiendo que, a corto plazo, ninguna otra moneda podría desempeñar el papel de moneda de reserva mundial.

La Unión, cuyo comercio y servicios financieros están profundamente vinculados a los Estados Unidos, se verá directamente afectada por cualquier decisión perturbadora. Los actuales intentos de Trump de imponer aranceles punitivos a todas las naciones exportadoras –si se confirman tras la «pausa» de 90 días– afectarán inevitablemente a la prosperidad europea.

A largo plazo, la Unión podría beneficiarse de un desplazamiento de las inversiones mundiales hacia activos seguros como el euro o los bonos del Estado alemán. Pero mientras el dólar siga desempeñando un papel tan dominante en el comercio internacional y las reservas soberanas, los bancos europeos, expuestos a activos denominados en dólares, corren el riesgo de hundirse en una crisis financiera mundial. La interacción entre este mal funcionamiento de la política estadounidense y las turbulencias financieras agrava la situación. La política arancelaria de Trump perjudica la cooperación regulatoria con los socios europeos y las economías de países como Alemania e Irlanda ya han comenzado a pagar las consecuencias.

Por ello, más allá de la pérdida de un aliado estratégico en el plano militar, el riesgo financiero y económico para la Unión es sin duda el más importante, dada la gran interdependencia de los sistemas: las inversiones directas de las empresas estadounidenses generan millones de puestos de trabajo en Europa y las empresas europeas dependen de los mercados financieros estadounidenses, lo que deja a algunos sectores vulnerables a las consecuencias del caos estadounidense.

Además, las empresas tecnológicas e industriales europeas dependen casi por completo de las plataformas estadounidenses, sin las cuales la mayoría de los actores continentales no podrían sobrevivir. A medida que Estados

Unidos se vuelve cada vez más hostil y se hunde en una grave crisis interna, estas dependencias crean peligrosas debilidades estratégicas.

Un colapso de la confianza en la capacidad del Gobierno estadounidense para gestionar su economía tendría repercusiones considerables a escala mundial –que la Unión tendría dificultades para contener–. Si la liquidación de las posiciones en dólares por parte de los inversores desencadenara una fuga de capitales antes de que el Banco Central Europeo (BCE) hubiera desarrollado activos seguros, se crearía una situación de escasez de liquidez financiera, lo que daría lugar a un escenario comparable al de la crisis de 2008.

En tal escenario, y con una Reserva Federal estadounidense que ha perdido toda su credibilidad, incluso el BCE, a pesar de sus vastos recursos, tendría dificultades para contener un tsunami de pánico en los mercados.



«Mientras que la Rusia de Putin, la Turquía de Erdogan o la Hungría de Orban han consolidado su autoritarismo capturando progresivamente las instituciones, la administración Trump se empeña en una estrategia de destrucción masiva y sin método.»



«El resultado es hoy evidente: un gobierno central desbordado, dividido, con falta de personal y, sobre todo, incapaz de imponer su autoridad».

En Europa, sobrevivir en un mundo postestadounidense

Para los europeos, la posible desaparición de las capacidades y atributos del Estado en Estados Unidos no es un escenario lejano.

Sin embargo, se ha preparado muy poco para ello.

Incluso cuando se trataba de desarrollar su autonomía estratégica para recuperar margen de maniobra frente a Estados Unidos, la Unión siempre ha tenido que contar con un sistema de seguridad transatlántico estable para desarrollar su papel de actor mundial. Si Estados Unidos se retira de sus compromisos globales, tendrá que hacer frente a retos económicos y militares existenciales utilizando únicamente sus propios recursos.

Una retirada estadounidense dejaría a Europa expuesta a presiones geopolíticas a las que nunca ha tenido que hacer frente sola en más de ochenta años.

La Unión siempre ha contado con el poder militar estadounidense para la disuasión, la inteligencia, la logística y el liderazgo estratégico. Al mismo tiempo, la capacidad de la Reserva Federal para actuar rápidamente ante las crisis de los mercados financieros ha permitido a Europa ganar tiempo para

reaccionar con sus estructuras institucionales más lentas. Si este apoyo desapareciera, Europa tendría que acelerar la construcción de su resiliencia, su autonomía estratégica y la agilidad institucional de sus instituciones comunes, en un marco totalmente nuevo.

Para sobrevivir en un mundo postestadounidense, Europa debe, por tanto, tomar urgentemente el camino contrario al de Washington y reforzar sus estructuras financieras, económicas y monetarias.

Para los europeos, la posible desaparición de las capacidades y atributos del Estado en Estados Unidos no es un escenario lejano. Sin embargo, se ha preparado muy poco para ello.

ALEXANDER CLARKSON

Una resiliencia económica basada en la moneda: por una geopolítica del euro

En un contexto en el que el dólar ya no sea un activo seguro, los europeos no tendrán más remedio que diversificar sus sistemas financieros y reducir su dependencia de los mercados de bonos estadounidenses. Dada la inestabilidad del valor del dólar y de los bonos del Tesoro estadounidense desde el regreso de Trump, la Comisión Europea y el BCE tienen fuertes incentivos estructurales para promover aún más el uso del euro en el comercio mundial y la emisión de deuda internacional.

Para reforzar lo que Pawel Tokarski denomina el «poder blando monetario» de Europa, la Unión deberá animar a los mercados emergentes de África y Asia a abandonar el dólar mediante la creación de alianzas estratégicas que obliguen a utilizar el euro para las transacciones transfronterizas.

En el marco de un esfuerzo más amplio por aumentar la cuota del euro en las reservas internacionales y reducir la dependencia de Europa de los servicios financieros estadounidenses, la aplicación de las recomendaciones del informe Draghi en favor de un mercado europeo de capitales más integrado permitiría a los europeos disponer de una capacidad de absorción de las crisis presupuestarias y monetarias en caso de crisis de los mercados.

Al mismo tiempo, estas medidas permitirían eliminar las barreras a la inversión entre los Estados miembros y fomentarían los instrumentos financieros paneuropeos, esenciales para financiar la modernización ecológica de las infraestructuras y apoyar un rearme a gran escala en toda Europa.

Si el mercado de bonos estadounidenses se derrumbara por completo debido a las crecientes tensiones internas, la Unión se vería presionada para crear un activo seguro para la zona del euro, ya sea en forma de eurobonos, bonos verdes o bonos de defensa para financiar el rearme. Una alternativa de este tipo a los bonos del Tesoro estadounidense ofrecería a los bancos y a los Estados de todo el mundo una inversión de bajo riesgo, necesaria para restablecer la estabilidad de los mercados financieros.

Este proceso le permitiría desarrollar «reservas de liquidez» y supondría un paso esencial hacia la reducción de la dependencia de la Reserva Federal estadounidense.

Estos instrumentos financieros autónomos no sólo servirían para modernizar las infraestructuras verdes o restaurar el poder militar de Europa, sino que también ampliarían los canales de inversión en investigación tecnológica. Gracias a su escala continental y a la diversidad de sus Estados miembros, la Unión ya tiene la capacidad de llevar a cabo proyectos de innovación en ámbitos como el desarrollo de la inteligencia artificial o las cadenas de suministro de drones. Con unos mercados de capitales más flexibles para respaldar un sector tecnológico más sólido, Europa podría reducir su dependencia de las empresas estadounidenses y chinas y seguir siendo competitiva en un mundo en el que la innovación se está convirtiendo en un factor clave del poder geopolítico.

Defenderse, reformarse y abrirse

La expansión de la autonomía de Europa en los mercados financieros y en el sector tecnológico proporcionaría una base crucial para la independencia en materia de defensa, ya que la invasión a gran escala de Ucrania por parte de Rusia en febrero de 2022 provocó un fuerte aumento del gasto militar en los Estados europeos de la OTAN. A medida que la Administración estadounidense ha puesto fin a su ayuda a Kiev debido a las esperanzas de acercamiento de Trump a Moscú, la Unión, el Reino Unido y Noruega han tenido que intensificar rápidamente sus inversiones en la producción militar europea; estos esfuerzos, inimaginables hace diez años, se están convirtiendo ahora en una necesidad.

Si una guerra civil paralizara Washington, la retirada de Estados Unidos de sus posiciones en el mundo crearía retos estratégicos aún mayores que los que afronta Europa en la actualidad.

El colapso de los últimos vestigios de apoyo estadounidense obligaría a la Unión y a sus socios, como Londres, Oslo, Ankara y Kiev, a invertir en capacidades militares y de inteligencia que antes solían dejar en manos de los estadounidenses.

Sin embargo, como señala Camille Grand, colmar las lagunas en materia de poder naval o sustituir las infraestructuras de inteligencia estadounidenses sería una tarea absolutamente monumental.

Si una guerra civil paralizara Washington, la retirada de Estados Unidos de sus posiciones en el mundo crearía retos estratégicos aún más importantes que los que afronta Europa en la actualidad.

ALEXANDER CLARKSON

Esto requeriría la creación de una estructura de mando común capaz de combinar «los esfuerzos inmediatos para apoyar a Ucrania y reconstruir la capacidad operativa» con «los objetivos a largo plazo para desarrollar un ‘paquete de fuerzas’ completo» y los «elementos clave que actualmente proporciona principalmente Estados Unidos». Incluso si estos esfuerzos de rearme tuvieran éxito, la Unión, al igual que otras grandes potencias, tendría dificultades para alcanzar el nivel de hegemonía estratégica que Estados Unidos acumuló entre 1945 y 1989. Para mantener un orden mundial estable, los europeos deberán buscar nuevas asociaciones económicas y alianzas de seguridad con países como Brasil, Japón, Indonesia o la India.

Aunque sus relaciones con China son tensas por una multitud de cuestiones legítimas –desde el comercio hasta los derechos humanos–, la Unión siempre podría explorar ámbitos de cooperación a través de instituciones internacionales como las Naciones Unidas, con el fin de resolver pacíficamente los conflictos militares y económicos. Al diversificar sus alianzas y asociaciones, Europa podría facilitar la transición hacia un sistema de seguridad colectiva multipolar en un mundo posestadounidense.

Para que esta transición sea un éxito, la Unión deberá reformar sus procesos de toma de decisiones con el fin de mantener un amplio apoyo público a la integración europea.

Para entrar en esta era de cambios, la Unión debe adoptar medidas urgentes y globales y prepararse para los peores escenarios, en particular aquellos en los que Estados Unidos deje de ser un actor geopolítico coherente.

ALEXANDER CLARKSON

El paso a un sistema de votación por mayoría cualificada en el Consejo Europeo reforzaría la capacidad de la Unión para reaccionar rápidamente en un entorno posestadounidense.

Pero para que este cambio sea viable, será necesario implicar más a la opinión pública en el proceso de toma de decisiones, en particular reforzando el papel del Parlamento Europeo.

Quizás el aspecto más preocupante de estos retos estratégicos es que los daños causados por la escalada de la crisis de la capacidad del Estado estadounidense bajo la Administración Trump podrían ser irreversibles. Incluso con un liderazgo competente en el futuro, la reconstrucción de la confianza institucional, la cohesión civil y la profundidad administrativa en Estados Unidos podría llevar una generación, si no más.

Lo que venga después obligará a los líderes y ciudadanos europeos a pensar lo impensable: reinventar el papel de su continente en el mundo.

*

Tras décadas de disfunciones institucionales progresivas, la repentina escalada de la crisis del Estado en Estados Unidos, alimentada por los impulsos caóticos de la administración Trump, está transformando profundamente la sociedad estadounidense. Aunque es comprensible que los líderes europeos se centren en el caos desatado por Donald Trump, el desafío estratégico más profundo al que se enfrentan reside en la rápida desintegración de las instituciones nacionales y las estructuras de seguridad que han sustentado el poder mundial de Estados Unidos durante décadas. A medida que se desmorona la capacidad del Estado estadounidense, también desaparecen la fiabilidad de Estados Unidos como aliado, el estatus de refugio de sus activos financieros y su papel cultural en la definición de las normas internacionales.

Para Europa, las consecuencias de una deriva geopolítica estadounidense o de un conflicto civil son profundas. La Unión no sólo se verá expuesta a una creciente inseguridad, sino que también corre el riesgo de ver desestabilizado un orden mundial que ha sustentado una era de prosperidad sin precedentes en Europa. Los complejos vínculos entre Estados Unidos y Europa en los mercados financieros, los marcos de seguridad compartidos y la infraestructura tecnológica han creado una dependencia europea que supondría enormes vulnerabilidades en caso de colapso estadounidense.

Para entrar en esta era de cambios, la Unión debe tomar medidas urgentes y globales y prepararse para los peores escenarios, en particular aquellos en los que Estados Unidos deje de ser un actor geopolítico coherente. Esto requiere abandonar la dependencia del liderazgo estadounidense y realizar un esfuerzo sistemático para reforzar la autonomía de Europa. Ya sea en los

mercados financieros, las capacidades militares, el desarrollo tecnológico o el poder blando, Europa debe adaptarse a las nuevas realidades geopolíticas para seguir siendo un actor clave en un mundo en el que Washington ya no dicta las reglas.

Si los europeos quieren aprovechar los errores de Estados Unidos para restaurar su propia «ciudad brillante en la colina», deberían prestar atención y escuchar la advertencia final del puritano Winthrop en su texto fundacional: «Si nuestros corazones se desvían, si no obedecemos, si nos dejamos seducir y adoramos a otros dioses, nuestros placeres y beneficios, y si nos ponemos a su servicio... pereceremos sin duda en esta tierra fértil – aunque hayamos cruzado el vasto mar para poseerla–».